

Pino Ojeda Quevedo, *Más allá del silencio. Antología poética*, Madrid, Ediciones Torremozas, 2018, 192 páginas.

DOI: <https://10.24197/sxxi.0.2019.271-275>

Celebrar efemérides como «El día del libro» o, en el ámbito de las Islas Canarias, el «Día de las Letras Canarias» no solo implica fomentar la lectura como forma de recuperar voces significativas por la originalidad y ejemplaridad de su trayectoria escritural; es, también, una manera de reivindicar la inserción en el rígido canon literario de autores -y, especialmente autoras- que con su labor literaria y vital intentaron romper barreras socioculturales que les impedían cumplir con plenitud la consolidación de su sueño como creadoras (ahora, sí, en femenino). Esta es una de las ideas que la profesora -y biógrafa de la autora- Blanca Hernández Quintana desgrana en la introducción de esta antología de la escritora María del Pino Ojeda Quevedo (1916-2002) en la que, junto a los poemas *antologados*, recoge un interesantísimo anexo fotográfico que rezuma todo un bagaje cultural ligado a la literatura y a la pintura, faceta en la que también destacó notablemente esta creadora grancanaria; así, en muchas de estas fotografías encontramos a Pino Ojeda junto a poetas como Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, José María Millares o Pedro Lezcano, entre otros.

La trayectoria de esta autora polifacética y autodidacta, rasgos estos característicos de otras figuras insulares como Chona Madera (1901-1980) o Josefina de la Torre Millares (1907-2002), supuso un cúmulo de conquistas en el ámbito cultural: de manera consciente o inconsciente, es, justamente, en ese ámbito donde la igualdad como proyecto vital alumbró su existencia como telón de fondo. En este sentido -y ya lo apuntábamos más arriba-, estudiar la obra de escritoras como Pino Ojeda supone la revisión del canon tradicional que, en palabras de Hernández Quintana, puede hacer que los criterios normativos de aquel en relación con la literatura escrita por mujeres caigan en el olvido. En su opinión, «la invisibilidad, el descrédito y la idea de la inferioridad intelectual de la mujer difundida tradicionalmente, [...] pone de manifiesto una palpable parcialidad en las valoraciones» (p. 12). La realidad literaria no puede dejar capítulos al margen, y es este principio básico el que hace que aplaudamos la recuperación, estudio y edición de textos literarios de mujeres como este, aspecto en el que Hernández Quintana es una sólida especialista.

Como en Chona Madera, buena amiga de Pino Ojeda, vida y literatura van de la mano: es una extrema situación vital (el fallecimiento de su marido

durante la contienda, que hace que quede viuda y con un hijo) el punto de irremediable inflexión para su *arranque* creativo; será una poesía ontológica en la que la vida se abre camino, tomando un nuevo y personal vuelo, y el inconformismo toma cuerpo. Su obra se inserta en la lírica de posguerra reflejando, en palabras de Hernández Quintana, «la denuncia social y el compromiso político» (p. 13).

Uno de los aspectos en que coincide Pino Ojeda con otras autoras insulares, como Josefina de la Torre, es el hecho de entender la poesía como forma de conocimiento, ver el arte como forma de realización plena, como alternativa vital, uno de los valores positivos del polifacetismo, que no es más que otra forma de establecer una particular relación con su entorno (la experiencia vital de su tiempo y en el tiempo), con el entorno cultural (la tradición literaria, de la que muchas creadoras se sienten ciertamente huérfanas) y, claro está, con el propio lenguaje. Sin duda, este es un referente novedoso dentro del canon creativo, pues rompe cualquier atisbo de realismo y abre nuevos modelos, haciendo que haya que replantearse los *moldes* para explicar la producción artística. Desaparece la univocidad, una de cuyas marcas -y lastres- es el reconocimiento, imagen siempre parcial. Vivir en el arte en libertad implica, en ocasiones, sacrificar la visión positiva que tengan los otros en favor de la plenitud personal. Siempre «más allá del silencio» queda la palabra.

El silencio, como el sueño, es un reducto para la libertad, un espacio para albergar la subjetividad, que borra fronteras y supera obstáculos. Es, además, el punto de encuentro entre la experiencia, la emoción que produce y el lenguaje que la eterniza como perenne instante. Aquí todo cobra sentido al plantear un diálogo entre realidad e imaginación, una manera de sublimar lo real por ser vitalmente relevante. Esto conlleva sentir en su verdadera magnitud los sinsabores de la vida, la tensión de ser en el tiempo (la plenitud de vivir), de sentirse viva al recopilar en el lenguaje todos sus recuerdos. En el fondo, son espacios de búsqueda: encontrar esa libertad para sentirse libre y para romper ataduras, abrir caminos. Es en esta dialéctica en la que situamos la fuerza y singularidad literarias de Pino Ojeda. Esta antología alberga composiciones de los poemarios *Niebla de sueño* (1947), *Como el fruto en el árbol* (1954), *La piedra sobre la colina* (1964), *El derrumbado silencio. Versos del exilio* (1971, publicado en 2017), *Poemas para sobrevivir* (1982, inédito hasta ahora), *El alba en la espalda* (1987), *El salmo del rocío* (1993) y, por último, *Árbol del espacio* (2007).

Su primer poemario es una suerte de confesión íntima, testimonio del amor profundísimo a su marido fallecido, que encuentra en el soneto el

recipiente formal para enclaustrar su pasión amorosa («¡Quiero amor! Lamento eterno. / Que llene, que domine, que me aprese, / pero a torrentes, mi agonía matando», p. 29). Esta forma clásica edifica una perspectiva puramente femenina de decir poéticamente. Todos los poemas aparecen numerados, como estadios que revelan el valor confesional de este libro primero.

Su propio estado es el punto de partida para ir hacia el mundo natural, que se vislumbra en un primer momento en *Como el fruto en el árbol* (1954), uno de sus mejores poemarios; en él, esencialidad y primitivismo se alzan como dos de sus rasgos más sugestivos. El mundo natural se hace propio: la búsqueda, que en el libro anterior se centraba en el amor perdido, es ahora destino, y ello encuentra formalmente en el dialogismo una de sus puertas de entrada. Precisamente la modernidad de este libro reside en plantear como proceso constante esa búsqueda en los abismos de sí misma. El proceso ensoñador aparta la historia, aísla el tiempo, borra los prejuicios para retornar a un estado primigenio y volver a sentir, a ser como por primera vez. Sobresale el carácter volitivo en la mayor parte de las composiciones; así como ocurre en los sueños, todo son hipótesis, elementos en estado condicional, en alerta permanente. Aquí el paisaje es esencial y, por ello mismo, eterno, espiritualizado por una mirada del yo poético que es vertical.

Esa espiritualización del paisaje implica una mayor carga simbólica como forma de interiorizar el mundo natural para tornarlo paisaje anímico, y en *La piedra sobre la colina* (publicado en 1964 pero escrito en la década anterior) el simbolismo gana en audacia. En este tercer viraje poético la pronominalización esencializa el simbolismo que se impregna en el paisaje, recordándonos por momentos la influencia de Pedro Salinas, al señalar con posesivos y pronombres personales de manera deíctica, esencial, a los intervinientes en el diálogo. De la búsqueda personal del libro anterior ahora se pasa al encuentro. La vaguedad pronominal acentúa el lirismo, a la par que auspicia la tensión del encuentro. Precisamente la personificación («la piedra») consolida el imaginario de los sueños, del silencio como prolongación interior de lo vivido. Lo simbólico se consolida con el carácter descriptivo y esticomítico presente en muchos de los poemas («Qué gesto blando en sus labios. / Qué serenidad cuando sus manos reposan. / Qué ceñida la luz que dejan sus pasos. / Qué suavemente camina, deslizándose / sin mirar donde sus pies le descansan», p. 69).

Blanca Hernández Quintana ya preparó otra antología sobre Pino Ojeda, publicada por el Cabildo Insular de Gran Canaria en 2016 con motivo del centenario del nacimiento de la autora, y en ella no se incluían textos poéticos

de dos libros, *El derrumbado silencio. Versos del exilio* (1971, inédito hasta 2017) y *Poemas para sobrevivir* (inédito hasta esta antología y que se incluye íntegramente). El primero que hemos citado es, sin duda, uno de los libros con una mayor carga de realismo; la cercanía de los asuntos cotidianos asalta la página en un estilo prosaico, cercano, como la realidad misma, al lector. Los poemas de este libro están orientados a la comunicación más próxima, abundando las referencias metapoéticas, como en buena parte de la producción lírica de Josefina de la Torre o Chona Madera. Esta poesía supone, cierto es, un cambio con respecto a los tres primeros libros. Por el contrario, en el segundo libro citado e inédito hasta la fecha, volvemos a rastrear cierta tesitura ontológica de verbo insinuante. Predominan la metáfora audaz y el sondaje introspectivo que encuentra en su devenir todo un caudal de oposiciones («Todo, todo lo tuyo, lo mínimo, / lo grandioso, el misterio / del cambio andado, pleno o desierto, / difícil o sencillo», p. 96). Los pronombres personales abundan y apuntalan el tono íntimo, confesional por momentos, de esta *plaque*. El torrente emocional en poemas como «Regreso» o «El adiós» se desborda por momentos, y la introspección encuentra en el silencio el trampolín para erigir en el poema la materialización de temas como el amor, la soledad, las vivencias más personales e íntimas, el tiempo, la muerte, la ruptura de todo idealismo: es el descubrimiento de la certeza en el silencio.

En *El alba en la espalda* (1987) predomina el tono descriptivo; cada verso es como un aldabonazo lírico cuyo eco resuena en el silencio crepuscular, preludio de la muerte y destino cierto («Nada podrá evitar el grito de protesta. / Ya comienza tu vida. / Ha empezado tu muerte», p. 119). Las dudas y vicisitudes que polarizan sus primeros libros ahora ceden el paso al dominio de sí misma («Dueña de mi mundo iluminado / nacido de los sueños, / soy como un horizonte / más allá de los tiempos», p. 122). De su experiencia vital solo le quedan rescoldos en forma de voces y ecos («sueños y vida madurados», p. 125). En este libro poético vida y literatura se aúnan mas si cabe, pues la literatura ya ha iluminado toda su senda vital («Cuando contemplo la llanura / donde he plantado tantos árboles / los delgadísimos senderos / hollados por mis pasos», p. 125). La poesía es camino hacia la verdad, iluminada ahora al calor del acto de la recordación.

En *El salmo del rocío* (1993), al igual que ocurre en uno de los libros finales de Chona Madera, *Mi otra palabra* (1970), afloran las referencias metaliterarias («Sé ahora que llamarte / es nombrar cada cosa / respirando en el aire / de tu aire, [...]», p. 136). El verdadero dios es el propio lenguaje; las referencias nuevamente al silencio, a la invocación, a la ausencia de lo que la

palabra hace eternamente presente inciden en esta noción básica («Nada me acerca a ti / como tu ausencia», p. 137).

Árbol del espacio (2007) supone una reflexión sobre la propia creación: el poema se vuelve sobre sí mismo, es acto y glosa. La creación es eterno movimiento, como la vida; en este poemario esta relación se objetiva al poder ser considerado como un solo poema con distintos «renacimientos»: los poemas son distintas paradas a modo de eslabones vitales en los que materia y espacio se (con-)funden para hacer pleno el acto de la recordación. Una vez terminada la búsqueda es momento de narrar la aventura de haber vivido, que toma cuerpo en este diario de iluminaciones.

Esta edición es uno de los hermosos frutos surgidos el pasado 2018 de la celebración del Día de las Letras Canarias, que se dedicó a Pino Ojeda. Con ella queda patente la necesidad de que escritores canarios tengan publicada su obra en editoriales de referencia nacional. Este año 2019 se pretende realizar algo similar con la obra de Agustín Espinosa García, referente fundamental del surrealismo en lengua castellana; esperamos un feliz colofón editorial tan intensamente relevante como este que hemos comentado.

JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO
CEAD de Santa Cruz de Tenerife «Mercedes Pinto»
jmarfum@gobiernodecanarias.org